

LA TRANSFIGURACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO DEL CONTEXTO NACIONAL A LA REALIDAD LOCAL

María Estela Lanari y María Teresa López

El problema del desempleo no es nuevo en Argentina, sin embargo lo que conmueve es la magnitud de la desocupación y con ella el aumento de la exclusión, con lo cual el funcionamiento del mercado de trabajo se convirtió en un tema de agenda.

Para entender el contexto en que se produjo este proceso, no alcanza con explicar las particularidades que han caracterizado el desempeño de los años recientes. Por ello es que perspectiva de análisis se remonta al fin de los años setenta, momento que se identifica como el fin del denominado modelo de "desarrollo", o más precisamente con fin del crecimiento basado en la sustitución de importaciones.

Este corte de los criterios predominantes en nuestro país y en la mayoría de los países de la región, se dio en el marco de transformaciones que implicaron tanto la difusión de un nuevo paradigma tecno-productivo, la mundialización de los mercados, los nuevos enfoque monetaristas en reemplazo de los de corte keynesiano, como la aceptación de políticas neoliberales. Sin embargo, no es posible obviar que todos estos giros en Argentina han tenido ciertas singularidades, en parte justificadas por la idiosincrasia nacional, la estructura social y demográfica, y muy particularmente por el rol de sus dirigencias. En este colectivo social resulta relevante considerar la conducta de las elites empresarias, los sindicatos y los partidos políticos. Todo lo cual constituye los puntos de partida para iniciar el presente análisis, que busca describir cómo se distribuyó y se distribuye actualmente el trabajo tanto en cantidad como en calidad, poniendo el énfasis en nivel local.

Como se ha señalado, el fin del período de desarrollo económico basado en la sustitución de importaciones fue el quiebre entre un modelo que aseguró bienestar social y un largo

período que se caracterizó por el estancamiento y la recesión. Coincidentemente, con los cambios económicos se produjo una de las más fuertes desestabilizaciones políticas que se vivieron en el país.

Esta situación, que se prolongó entre mediados de los setenta y fines de los ochenta, impactó fuertemente en las relaciones entre oferta y demanda de trabajo.

Desde la segunda mitad de 1974 se sucedieron en el lapso de veinte meses seis ministros de economía, el derrumbe fue total si se tiene en cuenta que a fines de 1973 el PBI había crecido 4,5% y el desempleo disminuido de 6% a 4,5%¹.

De allí en más y hasta 1990, los significativos cambios en el empleo estuvieron dados por una menor demanda de trabajo en las actividades formales; crecimiento del empleo no asalariado como proporción de la ocupación total; desarrollo y expansión notable del sector informal; aumento del subempleo visible; del empleo asalariado no registrado, y de la duración media de los episodios de desempleo. Como así también, por la reducción de las remuneraciones y el deterioro de la productividad del trabajo. Sin embargo, estas patologías, como señala Barbeito (1995), no tienen en estos años la intensidad con que se reconocen años más tarde.

Si bien en los primeros años de deterioro la tasa de desempleo fue prácticamente friccional, salvo ocasionales alzas, desde la mitad de los ochenta comienza a transitar los niveles del 6%. La reacción general de entonces fue interpretar el incremento como una manifestación más de las magras condiciones de la economía argentina.

A pesar de que los problemas económicos acaparaban el interés general, la desocupación no constituía en sí una problemática relevante, por lo que recibió sólo una atención secundaria. Si bien inquietaba por su significación ética y social, no llegaba a generar la preocupación intelectual que demandara una indagación intensiva sobre su naturaleza y sus razones, tal como sucedió tiempo después, (Canitrot, 1995).

¹ Según cifras del INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) relativas al Gran Buenos Aires.

En los noventa, con la reestructuración de la economía doméstica y las instituciones laborales, inicialmente se produjo un efecto positivo y el empleo creció 4,6%. Sin embargo, esa tendencia no se sostuvo y en mayo de 1995 el desempleo subió al 18,4%. Si bien, desde entonces hubo breves períodos de recuperación, el aumento en los niveles de desocupación, subocupación, precariedad y el crecimiento e intensidad de la pobreza, marcaron el desempeño típico del mercado laboral de la década.

Como afirma Monza (1995:139), "... la situación ocupacional es la contracara del modo de funcionamiento de la economía, los resultados en este campo están directamente implicados en lo fundamental, en el ritmo y la modalidad del patrón de crecimiento seguido". Fue así como el estancamiento de los ochenta y las reformas estructurales devenidas de la aplicación de políticas neoliberales en los '90, produjeron profundas transformaciones en las relaciones laborales en Argentina.

El Contexto Económico

El punto de inflexión de los cambios ocurridos en las principales características de la dinámica económica del país lo marca 1976. Desde entonces y hasta fines de los ochenta, en razón del elevado nivel de endeudamiento externo, se produjo un profundo deterioro del crecimiento. Caída y retroceso, en el que persistió un régimen de alta inflación que a su vez desembocó en dos severos episodios de hiperinflación en 1989 y 1990. La situación económica y social apresuró el cambio de gobierno y a partir de 1991 se puso en marcha un programa de estabilización que revirtió las tendencias económicas presentes desde mediados de los años setenta.

El régimen de conversión que equiparó el peso al dólar fue la herramienta que logró detener la inflación, impulsar el crecimiento de la economía y consolidar los cambios regulatorios esbozados e iniciados, parcialmente, antes de 1991. Asimismo, permitió mejorar el poder de compra de las remuneraciones y facilitó la difusión del crédito, aunque casi exclusivamente orientado al consumo de bienes durables.

Tres aspectos distintivos: desestatización-privatizaciones, desregulación de los mercados y liberalización comercial y financiera, caracterizaron la denominada "reestructuración económica" (Azpiazu, D. y H. Nochteff, 1994; Nochteff, H., 1998). Sin embargo, la forma en que se llevaron a cabo estas transformaciones facilitó la concentración del capital y por tanto, benefició a pocos actores económicos. Las acciones emprendidas tuvieron el efecto de un shock estructural que dejó de por sí fuera no sólo a quienes eran "ineficientes" para el nuevo sistema, sino también a quienes no pudieron mantenerse activos dentro de él en razón del acceso diferencial al crédito o por problemas provenientes del manejo desigual de la información. Situación ésta que provocó que muchos productores y empresarios no pudieran hacer frente a las nuevas reglas del juego que imponía una economía más abierta y desregulada, con mercados incompletos, dónde a la concentración, ya mencionada, se sumó la centralización de capital, (Lanari, 2000).

En este esquema de enorme asimetría, durante el lapso 1991-1994, se registró un importante crecimiento en el nivel de actividad por sobre los niveles de máxima recesión e hiperinflación -1989/1990-, auspiciado por la entrada de capitales foráneos derivada a su vez de la mayor confianza que generaron tanto la estabilidad como la rentabilidad. El quiebre de esta tendencia creciente de la economía argentina se manifestó a fines de 1994, como consecuencia de los efectos de la crisis mexicana que redujo la entrada de capitales al país, cuestión central para la expansión del modelo económico. El "efecto tequila" fue el disparador, pero la causa principal se esconde detrás de una extrema fragilidad externa. El impacto se hizo sentir a través de una fuerte recesión cuyo indicador más palpable fue la elevada tasa de desocupación de 1995.

No obstante, en 1996 se logró normalizar el flujo de capitales externos. Durante los dos años siguientes la economía volvió a crecer en forma rápida y alcanzó el nivel del producto de 1994, pero si bien se registró un aumento de las exportaciones totales ello estuvo nuevamente acompañado de la expansión de las importaciones, relación que provocó una nueva brecha de la balanza comercial. La recuperación no fue duradera y nuevamente en 1999 se produjo una caída con lo cual se reinicia el ciclo de

restricción externa. Quedó claro así que la evolución macroeconómica estaba muy expuesta a shocks vinculados con los movimientos de capitales o bien con los cambios en la demanda internacional, situación que plantea una alta inestabilidad económica con impacto en la esfera de lo social.

Los síntomas de inestabilidad se transformaron en una constante, el comportamiento pendular de la economía fue el producto de otras situaciones de desequilibrio que pueden encontrarse en la crisis de los países asiáticos, en el quiebre económico ruso o en la devaluación de Brasil, socio principal para la compensación de la balanza comercial argentina.

Este cuadro de situación alberga pocas posibilidades para la recuperación del empleo y agudiza la inseguridad de los puestos de trabajo existentes. Especialmente porque el déficit de la cuenta corriente lleva a buscar compensación mediante el endeudamiento, cuyos servicios a su vez aumentan dicho déficit.

En el 2000, las políticas correctivas siguieron centrándose en el ajuste fiscal pero el creciente endeudamiento y la sobrevaluación del peso pusieron fin a la conversión. Entre el 2001 y 2002, Argentina experimentó una de la mayores crisis de su historia, la misma tuvo su expresión tanto en el plano financiero, como en el político y en el social. Uno de los disparadores fue la restricción a la disponibilidad de fondos del sistema financiero. El país fue declarado del default, se suspendieron los pagos al exterior y muchos depósitos fueron sacados del país. Las reservas cayeron y el PBI en ese año descendió en promedio entre el 12% y el 15%.

Como efecto de la liberalización cambiaria se resintieron muchas de las relaciones contractuales de la anterior economía, las inversiones se paralizaron y luego que se pesificaron los depósitos, los ahorristas huyeron al dólar.

En este contexto de recesión y convulsión se logró detener los efectos inflacionarios tanto por la intervención del Banco Central, como por el congelamiento del pago los servicios de la deuda. Al mismo tiempo numerosos acuerdos impidieron el traslado de la devaluación a los precios domésticos, con lo cual se abrió un lapso de sosiego, imprescindible para recuperar el funcionamiento del país.

A mediados del 2002 se registraron los primeros indicadores positivos de reactivación, desde entonces y hasta el primer trimestre del 2003, según información del Banco Central, se contabilizaron tres trimestres consecutivos de suba del PBI. Este repunte se explicó por la evolución de las exportaciones netas y la sustitución de importaciones. Paralelamente, en el primer trimestre de ese año, se reiniciaron los pagos a los organismos internacionales, se recuperó el salario real y mejoró la recaudación fiscal. Sin embargo, esta mejoría todavía es exigua en el mercado de trabajo nacional.

LOS PRINCIPALES INDICADORES DEL MERCADO DE TRABAJO

Si bien, entre 1991 y 1994 la convertibilidad contribuyó, como se menciona anteriormente, a la estabilización y el crecimiento de la economía, otros aspectos afectaron negativamente la evolución del mercado de trabajo. Las leves recuperaciones que se produjeron luego de cada uno de los episodios de estancamiento ya descriptos, en ningún caso permitieron retroceder a los índices de desocupación del inicio de la década que se mantenían en un dígito, agravándose por el hecho de que con el aumento de desempleo abierto aumentó también el subempleo. Todos los puestos netos generados en ese período fueron de tiempo parcial, (Beccaria et al, 2003).

Entre octubre de 1991, año en que se inicia el cambio de régimen económico, y octubre de 1993, el PBI crecía a una tasa promedio de 8% anual, la tasa de desempleo del conjunto de las áreas urbanas subió del 6,5% al 9,6% y la tasa de empleo se mantuvo aproximadamente en el 37%. A partir del '94 los porcentajes de desocupación aumentaron a dos dígitos, alcanzando en mayo de 1995 al 17,5% para llegar en el 2002 a la tasa más alta de la serie, 21,5%. La contracción de la demanda de empleo causada por la caída abrupta en el nivel de actividad económica produjo tan solo entre mayo del 94 y mayo del 95 la destrucción de 380.000 puestos de trabajo.

En tanto, la tasa de empleo, que había venido descendiendo, se estancó en torno al 34% para iniciar luego un período de

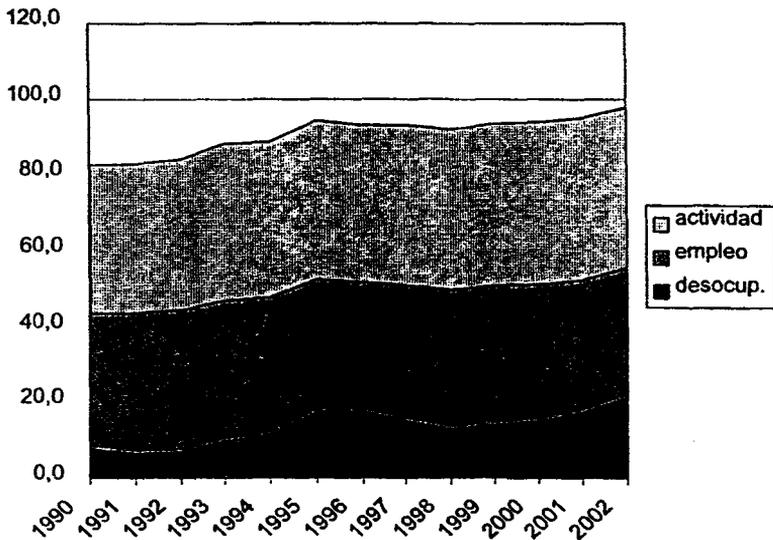
recuperación a fines de 1996 y llegar en 1999, al 36,7%. Este crecimiento positivo del empleo, por debajo de los porcentajes alcanzados en 1993, se corresponde con la baja de la desocupación la cual, según la medición de la Encuesta Permanente de Hogares² de mayo de 1999, se ubicó en el 14,2% para la suma de aglomerados urbanos. Durante los años de recuperación (1996-1998), la creación del empleo permitió disminuir significativamente el desempleo. Los sectores que más puestos de trabajo crearon, fueron los servicios financieros y a las empresas (22% de incremento entre septiembre de 1996 y septiembre de 1998), así como también el comercio (18% de creación neta de puestos de trabajo). Sin embargo, entre 1998 y 2000, la tasa de desempleo volvió a incrementarse, esta vez en 2,3 pp. lo cual significó 415 mil nuevos desempleados.

En el 2001, la desocupación subió nuevamente, esta vez al 17,4% y quienes estaban ocupados presentaban características propias del continuo deterioro del mercado. Por un lado, el número de empleados contratados por fuera del marco legal creció sustancialmente durante los años de análisis, del 26% de empleados no registrados en los '90, se pasó al 41% en el 2002. Por otra parte, se redujeron los puestos de más de 35 hs. semanales lo cual, junto a la creciente inestabilidad laboral, causó un incremento en la proporción de ocupados insatisfechos por el número de horas trabajadas, situación que se tradujo en el elevado número de subocupados demandantes. A su vez los salarios acompañaron la tendencia depresiva existente en la economía, si se toma 1995 como año base, el salario medio real cayó en 30 pp.

Como consecuencia de la crisis económico-financiera la situación social empeoró en el 2002 y la desocupación subió en los primeros meses a más del 20%, en tanto que para la medición de octubre la tasa bajó más de 3 pp., cuestión explicada por los planes de empleo, objeto de análisis de este estudio.

² En la medición de los atributos del mercado de trabajo, el principal instrumento con el que se cuenta es la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), la misma es implementada por el INDEC, y tiene como objetivo principal el estudio de la realidad económica y social de la población localizada en aglomerados urbanos, teniendo en cuenta las modalidades de su inserción en la estructura socioeconómica.

Trabajo Decente



Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC

Si la evaluación de las relaciones laborales de Argentina se hace en el marco de los indicadores de "trabajo decente" - empleo, ingresos, protección social - la situación tal como refleja el Panorama Laboral (2001, 2002), ha empeorado a lo largo de la década. La calidad del empleo, medida por el crecimiento del sector informal y por la precariedad de la relación entre oferta y demanda de trabajo, se convirtió en el espejo de la evolución macroeconómica. Al inicio del período de análisis el número de personas económicamente activas -PEA- en Argentina era de 11.000.000, sobre una población total de 32.615.000, de las cuales 715.000 estaban desocupadas. Cuatro años después, sobre una PEA de 12.400.000 los desocupados son 2.100.000 individuos. La magnitud de estas cifras es causa de inquietud en cualquier circunstancia, pero dos motivos potencian la cuestión: 1- la rapidez con que se expandió el desempleo y el subempleo desde 1991, y 2- el hecho de que ese crecimiento tuviera lugar, paradójicamente, en un período de franca expansión económica. Cuando el producto cayó, como en 2001-2002, la situación

empeoró aun más y la población desocupada ascendió a 2.740.000.

La problemática del trabajo en Argentina se completa con los datos de otras dimensiones tales como la duración media de la desocupación, la misma continuó creciendo lentamente contribuyendo así a la consolidación de un núcleo duro de trabajadores desocupados. En este contexto de gran vulnerabilidad, la situación desmejoró en relación directa con el nivel de educación formal alcanzado, quienes estaban menos educados menos posibilidades tuvieron de insertarse o permanecer en el mercado de trabajo. No obstante, la desocupación también alcanzó a los que poseían los más altos niveles formativos, quienes vieron caer sus ingresos en los últimos años de la década y, en muchos casos, solo pudieron lograr posiciones laborales precarias e inadecuadas para sus calificaciones, (Lanari, 2003)

En este sentido, la exclusión, entendida como la imposibilidad de los individuos de acceder a bienes, servicios y derechos básicos de ciudadanía, abarca cada vez a más argentinos. Situación que se vio acentuada como consecuencia o subproducto de las nuevas relaciones laborales. Este punto puede explicarse tan sólo con comprobar el incremento de la pobreza que pasó de ser el 29% de la población en 1995, al 52% en 2002. Una proporción importante de esta población son los "nuevos pobres" quienes han sido desplazados a esta condición por las transformaciones del mercado de trabajo. La magnitud e intensidad de dichos cambios ha incidido en la estructura social del país por lo que su recomposición demanda estrategias diferenciadas para el corto, mediano y largo plazo.

Razones de los Cambios

Como señala Becaria (2003), la evolución de la demanda de trabajo está influenciada por el nivel de actividad, a su vez esta relación está mediatizada por factores tales como la variación de las remuneraciones, los cambios de la estructura sectorial del producto, el ritmo de incorporaciones de tecnología, la fase del ciclo en que se encuentre la economía, las regulaciones labora-

les, las expectativas empresariales y el poder negociador de los sindicatos.

La ampliación de la oferta de trabajo explicaría el crecimiento del desempleo de 1993 cuando salta a 9,6%. Sin embargo, a partir de ese momento, el notable aumento que experimentó estaría relacionado tanto con los cambios en la tasa de actividad como con la caída en la demanda de trabajo. El crecimiento de la tasa de actividad es interpretado de dos maneras diferentes. Según una de las hipótesis, se está en presencia del "efecto trabajador desalentado" (estrictamente alentado), según la cual la expansión con estabilidad hace emerger parte de la desocupación anteriormente encubierta en la inactividad; la falta de oportunidades de empleo durante los ochenta habría llevado a que muchas personas no emprendieran una búsqueda activa de trabajo. La hipótesis alternativa recurre al "efecto trabajador adicional", por el que se explica que la pérdida de empleos y/o los insuficientes ingresos familiares hace que miembros no activos del hogar comiencen a buscar trabajo para compensar la pérdida - o reducción - de los ingresos (Beccaria y López, 1995).³

Si bien la expansión económica favoreció la creación de puestos de trabajo en una economía que había permanecido estancada por un largo período, el efecto de la reestructuración productiva ligada a la apertura tendió paralelamente a eliminar puestos de trabajo.

Otro factor condicionante de la dinámica del empleo es el cambio experimentado en las regulaciones laborales. Aceptando que la legislación del trabajo es uno de los instrumentos que regulan este mercado (Cortés y Marshall, 1993), las modificaciones que se producen desde 1991 tienden a ajustar las nuevas relaciones entre capital y trabajo. En ese año se sancionó una primera Ley de flexibilización laboral que establecía distintas modalidades de contratación a tiempo determinado, con lo cual se marcó el inicio de los cambios normativos. El contexto de alto nivel de desempleo registrado en 1994 y 1995 contribuye a que se sancionen Leyes tendientes a reducir los costos del trabajo

³ Para ver las razones posibles del desempleo consultar Diamand, M. y H. Nochteff (1994); y Frenkel, R. y González Rosada, M. (1998).

derivados de las normas sobre indemnizaciones por accidentes, enfermedades y despidos, en el entendimiento de que estas medidas reducirían el desempleo⁴.

Su implementación otorgó ciertos beneficios a las pequeñas y medianas empresas, para las que se redujeron los costos del despido, y flexibilizó el uso del tiempo de trabajo, posibilitando que las convenciones colectivas definan jornadas diarias máximas superiores a las tradicionales sin que se supere el máximo anual.⁵

En 1995 se introdujo el período de prueba, instituto que permitió a los empleadores despedir durante los tres primeros meses de contrato sin tener que pagar indemnizaciones ni preaviso, durante ese lapso tampoco se efectúan aportes patronales excepto los correspondientes al seguro de salud. Además, se privatizó el sistema de jubilaciones por lo que se pudo optar por el régimen público de reparto o el privado de capitalizaciones. Posteriormente, se estableció la obligatoriedad del aseguramiento de los riesgos derivados de los accidentes y enfermedades por trabajo, en empresas privadas creadas con esta finalidad. En 1998 y luego de arduos debates se aprobó la Ley de Reforma Laboral, la cual fijó nuevas pautas en el ítem referido a indemnizaciones, bajando considerablemente las

⁴ "Sin embargo, en ninguno de los otros países -se refiere a otros países sudamericanos- donde se "flexibilizaron" las normas (Argentina, Ecuador y Perú) creció el reclutamiento". (Marshall, A., 1997)

⁵ "...el efecto benéfico de la desregulación del mercado de trabajo sobre el salario y el empleo (que justifica la opción por la flexibilización laboral como respuesta a los niveles actuales de desocupación) esconde supuestos extremadamente restrictivos sobre la forma en que las firmas operan y se ajustan al nuevo contexto. Suponer que la viabilidad de las mismas depende exclusivamente de la posibilidad de control sobre los costos laborales implica creer que las firmas se comportan tal como sugiere la teoría neoclásica, encontrando la producción óptima de acuerdo al salario vigente, en un mercado de competencia perfecta. El abandono de estos supuestos, en pos de delinear la forma que toma el ajuste, permite cuestionar aquella inmediatez. Dicho de otro modo, si las políticas de empleo -el ajuste de los planteles vía la contratación y el despido- no son el único ámbito sobre el que operan las firmas, sino que se inscriben en el marco de la estrategia global que las mismas llevan adelante, entonces el modo en que los cambios en las regulaciones vigentes repercuten sobre el empleo se transforma en una cuestión a elucidar". (Esquivel, 1996).

correspondientes a los trabajadores de poca antigüedad. Las nuevas normativas institucionalizaron la flexibilización laboral que de hecho presentaba el mercado. Con la tesis de generar ocupación, iniciado el año 2000 se reestructuran otra vez las normas regulatorias del empleo, entre otras cuestiones se apuntó a extender el período de prueba a seis meses.

Para quienes ven una relación directa entre cambios en las regulaciones laborales y creación de empleo, 1996 marcó índices de recuperación laboral que suelen atribuirse a efectos de las nuevas normas. Aunque es preciso aclarar que si bien el nivel de actividad comenzó a recuperarse, el aumento de ocupaciones que se produjo, tal como se sostuvo anteriormente, alude a puestos de trabajo precarios y/o transitorios.

Cabe recordar que el marco de extrema debilidad del empleo y aumento procíclico del subempleo reduce el poder negociador de los sindicatos, que a la vez que ven restringida su representatividad han perdido legitimidad en el diálogo entre empleadores y empleados. Rol que anteriormente desempeñaban desde una posición protagónica.

La situación descrita refleja que los noventa fue una década de profundas transformaciones y en ese sentido son numerosos los estudios que han demostrado que las políticas neoliberales, surgidas del consenso de Washington, si bien buscaron orientar el crecimiento con competitividad para una mejor inserción en los mercados, produjeron importantes cambios que afectaron negativamente la estructura social, productiva e institucional de nuestro país.

El cuadro nacional impactó las economías regionales que respondieron mediante diversas estrategias mediatizadas por los rasgos productivos y sociales. En el universo local se reprodujeron las tendencias negativas del empleo y, dado su estructura productiva, la situación laboral se presentó como la de mayor riesgo del país.

En ese plano de análisis se dará cuenta de cómo evolucionaron las relaciones del trabajo, cuestión que justifica ampliamente indagar cuáles son los déficit de trabajo decente que muestra la realidad marplatense.

MERCADO DE TRABAJO LOCAL

El análisis estático comparativo del mercado de trabajo local, permite tener una visión de los cambios morfológicos ocurridos durante el período 1995-2002. Tal como se podrá observar, el aglomerado repite el mismo comportamiento del mercado de trabajo argentino en su conjunto, donde los principales rasgos son: altas tasas de desocupación y subocupación, creciente precarización de los puestos, bajos ingresos, regresiva distribución de los mismos.

Los datos del cuadro 1, muestran en valores absolutos el crecimiento de la población total del aglomerado, como así también de la oferta de trabajo. Tal como se observa, al final del período la cantidad de desocupados es levemente inferior a los existentes en 1995 (- 0.3%), si solo se observa ese guarismo y se lo compara con el incremento de la PEA se podría aseverar erróneamente que las condiciones han mejorado. Pero no debe dejar de considerarse por un lado que, la baja en la desocupación se origina fundamentalmente en el aumento de los planes oficiales de empleo y en la subocupación⁶, esta última se incrementó más del doble (+ 130%).

⁶ Entendiendo como tal a todos aquellos que declaran haber trabajado menos de 35 horas en la semana y desean trabajar más.

Cuadro 1:							
Total de población por condición de actividad, según período							
	Pob. Total	P.E.A.	Ocupados	Plenos	Subocupados	Desocupados	N.E.A.
Censo 1991	499.300	219.700	205.000	-	-	14.700	279.600
oct-95	561.100	240.700	187.600	160.700	26.900	53.100	320.400
may-96	566.800	227.300	182.200	159.600	22.500	45.200	339.500
oct-96	570.900	240.200	193.900	165.300	28.600	46.300	330.700
may-97	576.800	265.600	214.400	175.200	39.200	51.300	311.200
oct-97	581.400	262.700	218.200	180.100	38.100	44.500	318.700
may-98	587.100	258.900	219.100	182.600	36.500	39.800	328.200
oct-98	591.100	245.800	215.700	184.700	31.000	30.000	345.300
may-99	597.300	254.400	208.000	171.600	36.400	46.500	342.900
oct-99	601.100	257.300	220.000	182.000	38.000	37.800	343.800
may-00	606.600	266.400	227.500	185.900	41.600	38.900	340.200
oct-00	611.100	288.600	228.600	185.600	43.000	60.100	322.500
May-01	617.000	268.900	217.900	167.100	50.800	51.000	348.100
Oct-01	621.300	287.100	221.800	174.800	47.000	65.400	334.200
May-02	626.400	286.000	215.500	166.000	49.500	70.500	340.400
Oct-02	631.700	286.600	235.200	173.400	61.800	51.400	345.100

Los indicadores presentados en el cuadro 2, resaltan claramente lo dicho en el párrafo anterior, el incremento de la tasa de empleo se acompaña con un fuerte incremento en la tasa de subocupación. Sin embargo cabe aciarar que el aumento del empleo en términos absolutos, no es gracias a la economía de mercado, sino a la llamada economía social y familiar, que conforman el sector informal urbano (SIU).

De esta manera, mientras la economía de mercado destruyó empleos formales y a jornada completa, en relación de dependencia y especialmente en PyMES, el SIU más que compensó esta caída, a través de la creación de puestos en actividades cuentapropistas y con trabajos asalariados no registrados y/o a tiempo parcial, siendo esta situación laboral endeble y/o precaria, muy cercana a la desocupación.

Cuadro 2: Tasas de actividad, empleo y desocupación					
TASAS // ONDA	Actividad PEA/PT	Empleo OCU/PT	Inactivi- dad NEA/PT	Desocu- pación DESOC/ PEA	Subocu- pación SUOCU/ PEA
1991	44,0%	41,1%	56,0%	6,7%	-
oct-95	42,9%	33,4%	57,1%	22,1%	11,2%
may-96	40,1%	32,1%	59,9%	19,9%	9,9%
oct-96	42,1%	34,0%	57,9%	19,3%	11,9%
may-97	46,1%	37,2%	53,9%	19,3%	14,8%
oct-97	45,2%	37,5%	54,8%	17,0%	14,5%
may-98	44,1%	37,3%	55,9%	15,4%	14,1%
oct-98	41,6%	36,5%	58,4%	12,2%	12,6%
may-99	42,6%	34,8%	57,4%	18,3%	14,3%
oct-99	42,8%	36,5%	57,2%	14,7%	14,8%
may-00	43,9%	37,5%	56,1%	14,6%	15,6%
oct-00	47,2%	37,4%	52,8%	20,8%	14,9%
may-01	43,6%	35,3%	56,4%	19,0%	18,9%
oct-01	46,2%	35,7%	53,8%	22,8%	16,4%
may-02	45,7%	34,4%	54,3%	24,6%	17,3%
oct-02	45,4%	37,2%	54,6%	17,9%	21,6%

Fuente: Elaboración propia en base a datos EP.

Si el análisis se realiza discriminando por sexo y edad, es posible observar un aumento en la tasa de actividad total, donde las mujeres tienen el mayor peso en el empleo, en tanto que los hombres no modifican su participación. Sin embargo, cuando el universo de observación son los jóvenes, la situación se torna sumamente crítica. En los años que van desde el '95 al 2002, años de las observaciones, el empleo cae en aproximadamente en 6 puntos porcentuales, tanto como la desocupación. Lo cual, hace suponer que ante la falta de oportunidades este grupo etareo se refugió en la inactividad.

CUADRO 3: Población económicamente activa según sexo y edad.						
Tasas específicas*	Actividad		Empleo		Desocupación	
	Oct 95	Oct 02	Oct 95	Oct 02	Oct 95	Oct 02
Total	42,9%	45,4%	33,4%	37,2%	22,1%	17,9%
Varones	54,7%	54,8%	44,5%	44,5%	18,8%	18,7%
Mujeres	32,3%	37,2%	23,5%	30,9%	27,1%	16,9%
Jóvenes (15 a 24 años)	57,9%	44,7%	36,1%	30,7%	37,6%	31,3%

Fuente: Elaboración propia en base a datos EP.

*Se refieren a la condición de actividad dentro de cada grupo

Si se toma en consideración la posición en el hogar de los desocupados, se aprecia que para ambos períodos analizados la ausencia de trabajo es más fuerte en los no jefes, ya que del total de desocupados el 40% son jefes de hogar.

Un aspecto resaltante es que al combinar la segmentación por posición y sexo se observa que la tasa de desocupación es mucho más alta en las mujeres no jefas que en aquellas que si lo son. En cambio en el caso de los hombres se da lo contrario, la tasa de desocupación es mucho mas alta para los varones jefes en relación a los que no lo son. Situación que refuerza la hipótesis que plantea que son otros miembros del hogar –no jefes- los que intentan compensar la falta de ingresos en el núcleo familiar.

CUADRO 4:
Población desocupada según posición en el hogar y sexo.

Desocupados	Oct-95	Oct-02
Total	53.100	51.400
Jefes	39,2%	40,9%
Varones	61,6%	81,2%
Mujeres	38,4%	18,8%
No jefes	60,8%	59,1%
Varones	44,7%	43,0%
Mujeres	55,3%	57,0%

Fuente: Elaboración propia en base a datos EPH

Calidad de la Mano de Obra y su Tipo de Inserción

Continuando con el esquema descriptivo, resulta de interés conocer cómo se estructura la población marplatense según su nivel de instrucción formal. El análisis del nivel de educación de la PEA permite ver la relación entre la educación de los trabajadores y su inserción en el mercado laboral. Tal lo que se observa en el cuadro 5, más de la mitad de la población ocupada (60%) no ha completado los estudios secundarios, a su vez, menos de un 15% cuenta con estudios universitarios completos y cerca de un 30% ingresó en un nivel terciario de capacitación pero no logró graduarse con el título correspondiente. En relación a los puestos de trabajo puede observarse como en el período oct95-oct02 perdieron participación las personas sin instrucción o primaria incompleta (disminuyeron de un 11% a un 5%), lo que señala una elevación en el nivel de escolaridad en la estructura ocupacional.

Las variaciones en los niveles de desocupación según nivel de instrucción muestran como las tasas específicas de desempleo bajan en el período, básicamente para los de nivel alto NA y nivel intermedio NI, mientras que se mantiene en el mismo guarismo

para los de nivel bajo NB. Finalmente, en octubre 2002 se observa un fuerte aumento en la tasa de desocupación para aquellos pertenecientes al nivel medio NM educativo. El mercado de trabajo se ha vuelto más selectivo aún para este grupo, que también ha sido golpeado por la desocupación.

CUADRO 5: PEA según nivel de instrucción octubre 1995 y octubre 2002					
Ocupados	Oct-95	Oct-02	Desocupados	Oct-95	Oct-02
Total	187.600	235.200	Total	53.100	51.400
N/Bajo	11%	5%	N/ Bajo	12%	12%
N/Inter-medio	48%	49%	N/Inter-medio	55%	49%
N/Medio	28%	33%	N/ Medio	23%	37%
N/Alto	13%	13%	N/Alto	7%	2%

Fuente: Elaboración propia en base a datos EPH

Nivel de instrucción: Bajo (sin instrucción y primaria incompleta), Intermedio (primaria completa y secundaria incompleta), Medio (secundaria completa y superior incompleta), Alto (superior completa)

En los cuadros 6 y 7 se analiza el requerimiento de horas de trabajo en las ocupaciones actuales según el máximo nivel de instrucción alcanzado, esto tanto para los ocupados plenos (aquellos que trabajan entre 35 y 45 horas semanales) como para los subocupados (trabajan menos de 35 horas semanales). Claramente se observa como la inserción laboral está íntimamente relacionada con los niveles educativos, es así que el alto nivel de instrucción es condición necesaria (pero no suficiente) para tener un empleo o un buen empleo.

El porcentaje de personas con estudios universitarios completos o incompletos que tenían una muy buena inserción laboral descendió sensiblemente en estos siete años. En 1995 el 86% de los que tenían el mayor nivel de instrucción tenían una calidad de inserción laboral MUY BUENA U ÓPTIMA, en el año

Trabajo Decente

2002 este porcentaje había bajado al 74%. Este mismo porcentaje para los que tenían educación universitaria incompleta descendió del 90% al 82% en el mismo período.

El grupo con mayor porcentaje de personas con MALA o PÉSIMA calidad de la inserción laboral son los que tienen menor nivel educativo. En el año 2002 el 58% de los pertenecientes al Nivel Bajo eran subocupados, este porcentaje aumentó sensiblemente respecto a 1995, en aquel año fueron el 21%.

CUADRO 6: Ocupados plenos y subocupados, según nivel de instrucción OCTUBRE 1995				
Total	Nivel educativo	Ocupados plenos	Subocup.	Total
	Bajo	79%	21%	100%
	Intermedio	84%	16%	100%
	Medio	88%	12%	100%
	Alto	90%	10%	100%
	Total	86%	14%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a EPH

CUADRO 7: Ocupados plenos y subocupados, según nivel de instrucción OCTUBRE 2002				
Total	Nivel educativo	Ocupados plenos	Subocup.	Total
	Bajo	42%	58%	100%
	Intermedio	72%	28%	100%
	Medio	77%	23%	100%
	Alto	82%	18%	100%
	Total	74%	26%	100%

Fuente: elaboración propia en base a EPH

Las actividades productoras de bienes, tales como la industria manufacturera y la construcción, registraron una

disminución en su participación dentro de la estructura ocupacional del aglomerado, siendo los principales sectores expulsores de mano de obra. En contraposición, los sub-conjuntos de las actividades productoras de servicios incrementan su participación, tomados conjuntamente al final del período ocupan más del 75% de los puestos de trabajo. Cuadro 8.

CUADRO 8:		
Población ocupada según rama de actividad económica		
Ocupados	Oct-95	Oct-02
Total	187.600	235.200
Industria	19,8%	14,8%
Construcción	8,1%	6,5%
Comercio	19,4%	20,3%
Hoteles y restaurantes	6,0%	5,1%
Servicios	40,9%	50,3%
Otras ramas	6,0%	3,0%

Fuente: Elaboración propia en base a EPH

Si se atiende a los datos del cuadro 9 que dan cuenta de la estructura ocupacional según categoría vemos que más del 60% de los ocupados son asalariados.

Las transformaciones en el mercado de trabajo modificaron básicamente la demanda de la fuerza laboral, siendo el empleo estable reemplazado por ocupaciones esporádicas, sin cobertura social y en condiciones de trabajo desventajosas. Los trabajadores que se encuentran dentro de estas modalidades presentan una "inserción endeble" que se manifiesta en una participación "intermitente" en la actividad laboral.

Comparando la situación en el período analizado, cuadro 10, vemos el crecimiento del trabajo no registrado y, por consiguiente de la informalidad en el empleo. En oct-95 el 44% de los asalariados privados eran registrados, mientras que para el mismo mes del año 2002, el 52% de los mismos tiene problemas de inserción laboral en el mercado, ya que no se encuentran registrados.

CUADRO 9: Población ocupada clasificada por categoría ocupacional.					
Ocupados	Patrón	Cuenta propia	Asalariado	Sin salario	Total
Oct-95	8,9%	25,8%	61,4%	3,2%	187.600
OCT 02	6,5%	25,2%	67,9%	0,4%	235.200

Fuente: Elaboración propia en base a EPH

CUADRO 10: Asalariados registrados y no registrados según sector de actividad				
	Asalariados privados registrados		Asalariados privados no registrados	
	Oct-95	Oct-02	Oct-95	Oct-02
Total	50.300	58.700	40.100	62.400
Industria	29,7%	11,7%	25,1%	20,9%
Construcción	3,5%	0,0%	7,8%	5,4%
Comercio	18,1%	18,3%	21,1%	24,0%
Hoteles y Restaurantes	4,1%	10,1%	13,9%	6,1%
Servicios	36,3%	53,1%	29,7%	41,6%
Otros	7,8%	6,9%	2,5%	2,0%

Fuente: Elaboración propia en base a EPH

La dimensión calificación se refiere a la complejidad de las tareas ejercidas en la ocupación, según el tipo de acciones realizadas y los objetos e instrumentos de trabajo utilizados, y se

desagrega en 4 categorías⁷, las mismas se analizan en los cuadros 11 y 12.

De los mismos se puede destacar que el aglomerado Mar del Plata-Batán muestra un claro predominio de puestos de trabajo no calificados y con calificación operativa, concentrándose en estas calificaciones el 74% del total, así como la poca existencia de ocupados en puestos con calificación científico-profesional (8%).

También adquieren poca importancia los ocupados en puestos de trabajo con calificación técnica. Los puestos de mayor calificación, considerando como tal a aquellos que requieren de calificación profesional o técnica, solo alcanzan a ser una cuarta parte del total de los mismos.

Por otra parte, si consideramos el análisis de la relación que se establece entre estructura de calificación y nivel educativo de los ocupados, observamos claramente la correspondencia existente, es así como por ejemplo en ambos períodos de análisis más del 80% de los ocupados con nivel educativo alto desarrollan tareas científico-profesional, mientras que, como contrapartida, más del 90% de aquellos que solo han alcanzado un nivel educativo bajo ocupan puestos operativos y/o no calificados, lo que implica la casi inexistencia de posibilidades de acceder a puesto de calificación técnica.

⁷ *Científico-profesional* (requiere conocimientos teóricos adquiridos por capacitación formal universitaria), *técnica* (requiere conocimientos teóricos de índole específica adquiridos por capacitación formal-informal y ciertas habilidades manuales), *operativa* (requiere habilidades manuales), *no calificada* (no requiere ni habilidades ni conocimientos previos).

Trabajo Decente

Total	Nivel educativo	CUADRO 11: Calificación de los puestos de trabajo según nivel de instrucción de los ocupados OCTUBRE 1995				
		Científica - Profesional	Técnica	Operativa	No calificada	Total
	Bajo	3%	3%	54%	40%	100%
	Intermedio	1%	8%	53%	38%	100%
	Medio	9%	24%	45%	22%	100%
	Alto	36%	48%	16%	0,0%	100%
	Total	8%	18%	46%	28%	100%

Fuente: elaboración propia en base a EPH

Total	Nivel educativo	CUADRO 12: Calificación de los puestos de trabajo según nivel de instrucción de los ocupados OCTUBRE 2002				
		Científica - Profesional	Técnica	Operativa	No calificada	Total
	Bajo	0%	2%	46%	52%	100%
	Intermedio	1%	9%	52%	38%	100%
	Medio	4%	29%	39%	29%	100%
	Alto	26%	58%	10%	6%	100%
	Total	5%	22%	42%	32%	100%

Fuente: elaboración propia en base a EPH

Uno de los aspectos principales a analizar es la relación entre los ingresos de la ocupación principal y el máximo nivel de estudios alcanzados, ya que la educación es un factor de mejoramiento de la condición social de las personas, por ende del trabajador y de su condición de inserción en el proceso productivo.

Con el fin de tener una visión sobre los efectos de la variable educación respecto de los ingresos de la ocupación principal, se compara en los cuadros 13 y 14 el comportamiento de estos, para ello el total de población se segmentó en cinco quintiles de

distribución de ingresos, correspondiendo el primer quintil al segmento de menores ingresos y los siguientes a niveles sucesivamente mayores de ingresos personales.

El 35% de los ocupados con nivel educativo bajo pertenecen al quintil más pobre, sólo un 5% de ellos lograr formar parte del quintil de mayores ingresos. Para octubre 2002 tuvieron un gran avance respecto de lo observado para 1995, situándose el 73% de ellos en el quintil dos.

Los ocupados pertenecientes a los niveles educativos intermedio y medio, tienen un comportamiento algo más uniforme en la distribución por quintil y en la tendencia de mejoramiento de sus ingresos

En tanto, más del 70% de los ocupados con estudios universitarios completos (nivel alto) pertenecen a los dos quintiles de más altos ingresos —4 y 5—.

En conclusión, pese a que los ocupados con menores niveles educativos han logrado obtener mayores ingresos por su ocupación principal, lo que contribuye a una menor concentración de ingresos, deberían sostenerse políticas sociales compensatorias para lograr niveles mayores de educación para el conjunto de población que no alcanza los quintiles altos de ingresos.

Nivel educativo	CUADRO 13: Población ocupada distribuida por quintil de ingresos de la ocupación principal según nivel de instrucción OCTUBRE 1995					
	Más pobre	2	3	4	Más rico	Total
Bajo	35%	29%	22%	9%	5%	100%
Intermedio	24%	23%	22%	17%	14%	100%
Medio	15%	16%	19%	30%	20%	100%
Alto	5%	13%	13%	17%	52%	100%

Fuente: elaboración propia en base a EPH

Nivel educativo	CUADRO 14: Población ocupada distribuida por quintil de ingresos de la ocupación principal según nivel de instrucción OCTUBRE 2002					
	Más pobre	2	3	4	Más rico	Total
Bajo	0%	73%	12%	8%	8%	100%
Inter-medio	6%	29%	26%	25%	14%	100%
Medio	2%	19%	24%	24%	32%	100%
Alto	1%	7%	21%	27%	43%	100%

Fuente: elaboración propia en base a EPH

Presión en el Mercado de Trabajo

El indicador de presión demuestra que no sólo los desocupados reclaman puestos de trabajo. Así en el cuadro 15 se puede observar a las cantidad de personas de diferente que desde diferente condición laboral pretenden trabajo o más horas de ocupación. Si se establece un rango de intensidad de presión por el número de personas que integran cada segmento, sin duda desocupados son ellos los que presionan con más fuerza ya que para octubre 2002 este grupo alcanza a casi 52.000 personas.

En segundo lugar se ubican los subocupados, que trabajan menos de 35 horas por semana y buscan activamente otro puesto o trabajar mas horas en el puesto que tienen (55.000 habitantes).

Un tercer grupo lo conforman los ocupados plenos que encaran una búsqueda laboral. Se trata de 36.500 integrantes de la población activa.

Ségún el INDEC, hay dos grupos sociales que ejercen una presión más leve que los anteriores, pero presión al fin. Son los subocupados no demandantes y los ocupados que están disponibles para trabajar más horas si se les presentara la oportunidad, ambos casos no son considerados para este ejercicio.

De esta manera se puede observar que un importante porcentaje de la PEA ejerce presión sobre el mercado de trabajo,

Trabajo Decente

ya sea demandando un puesto o demandando más horas. La cifra correspondiente a oct-02 es de 143.000 personas, o lo que es lo mismo el 50% de la PEA. Esta alarmante realidad es producto entre otras cosas de la creciente iniquidad distributiva, que lleva a la búsqueda de más trabajo con la finalidad de incrementar los reducidos ingresos personales y/o los correspondientes a los grupos familiares.

CUADRO 15: Presión sobre el mercado de trabajo					
Año / Onda		Desocupados	Subocupados demandantes horarios y/o de empleo	Ocupados plenos demandantes horarios y/o de empleo	Total
1995	Oct	53.100	21.200	45.100	119.300
1996	may	45.200	20.200	44.500	109.900
	oct	46.300	22.700	40.100	109.000
1997	may	51.300	32.800	49.500	133.600
	oct	44.500	32.100	51.600	128.300
1998	may	39.800	31.100	45.900	116.800
	oct	30.000	25.700	44.700	100.400
1999	may	46.500	34.800	50.000	131.400
	oct	37.800	35.100	43.300	116.200
2000	may	38.900	37.200	55.000	131.100
	oct	60.100	40.600	63.400	164.100
2001	may	51.000	46.200	40.700	138.000
	oct	65.400	42.700	45.500	153.600
2002	may	70.500	45.500	38.400	154.400
	oct	51.400	55.200	36.500	143.100

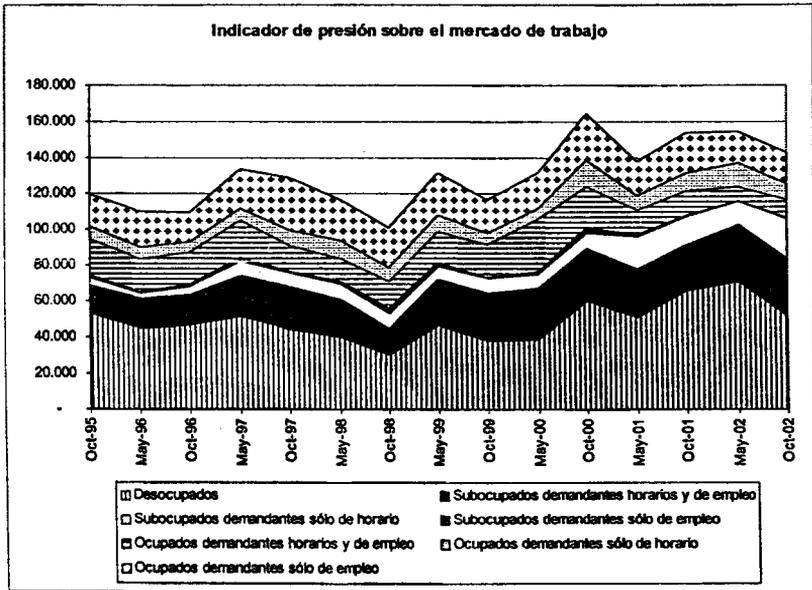
Fuente: Elaboración propia en base a EPH.

*Buscaron trabajar más hs en la misma ocupación

** Buscaron otra ocupación

Evolución de la Pobreza

La crítica situación de una gran parte de los hogares y/o habitantes de Mar del Plata, se puede observar en los cuadros 16 y 17, donde se verifica un alto nivel de pobreza, un 38% de los hogares en los que habitan un 46% de los habitantes del partido se encuentran bajo la línea de pobreza a fines del año 2002. Estas diferencias en las cifras se debe a una de las principales características de los hogares pobres, su mayor tamaño.



Fuente: Elaboración propia en base a datos EPH

El panorama es aún más crítico, al igual que en el resto del país, si se suma a estos guarismos a los hogares vulnerables (22%) y sus correspondientes integrantes (20%), entendiendo como tal a aquellos que no logran sobrepasar en más de 1,5 a la LP.

CUADRO 16:					
Clasificación de las personas por condición socioeconómica MIP					
Octubre 2002					
Personas		Sin NBI	Con NBI	Total	
Pobres e Indigentes	%fila	75,8%	24,2%	100%	
	%col	40,1%	88,3%		46,2%
Vulnerables	%fila	96,0%	4,0%	100%	
	%col	22,3%	6,3%		20,2%
No pobres	%fila	98,0%	2,0%	100%	
	%col	37,7%	5,4%		33,6%
Total	%fila	87,3%	12,7%	100%	
	%col	100%	100%		100%
					489.000

CUADRO 17:					
Clasificación de los hogares por condición socioeconómica MIP					
Octubre 2002					
Hogares		Sin NBI	Con NBI	Total	
Pobres e Indigentes	%fila	79,0%	21,0%	100%	
	%col	32,9%	82,6%		37,7%
Vulnerables	%fila	96,4%	3,6%	100%	
	%col	24,4%	8,7%		22,9%
No pobres	%fila	97,9%	2,1%	100%	
	%col	42,7%	8,7%		39,4%
Total	%fila	90,4%	9,6%	100%	
	%col	100,0%	100,0%		100,0%
					167.900

Fuente: Elaboración propia en base a datos EPH

Reconociendo la relevancia del problema, no deja de ser menos importante conocer la conformación de aquellos hogares afectados por la indigencia y/o la pobreza. El perfil sociodemográfico de los hogares pobres, con un alto promedio de niños en los mismos, ha conducido a una amplia propagación de la pobreza e indigencia entre estos y los adolescentes, verificándose que de cada diez menores seis estaban en esa condición en octubre del 2002 (cuadro 18). Si se contempla también a los menores pertenecientes a hogares vulnerables, ocho de cada diez niños marplatenses se enfrentan a un grave presente y un peor futuro, donde serán excluidos progresivamente de la vida social contribuyendo así a la reproducción intergeneracional de la pobreza.

Cuadro 18: Composición de los hogares. (oct-02)					
Hogar	Total Población	Menores 0 a 14	Jóvenes 15 a 24	Adultos 25 a 59	Mayores 60 y más
Indigente	102.800	40.800	18.900	36.100	7.000
Pobre	123.000	33.200	17.900	55.700	16.200
Vulnerable	98.900	19.900	15.600	44.500	18.900
No pobre	164.200	29.700	21.900	74.700	38.000
Total	488.900	123.500	74.300	211.000	80.100

Fuente: Elaboración propia en base a datos EPH

Si bien es cierto que, no todos los pobres son desocupados ni todos los desocupados son pobres, en el cuadro siguiente puede observarse como el desempleo afecta principalmente a los hogares pobres, ante la escasa posibilidad de sus miembros de encontrar trabajo. Es así que la tasa de desocupación de quienes están bajo la LP casi alcanza a quintuplicar a la de quienes son considerados no pobres (31% vs 7%). Mientras que, por otra parte, el análisis de la condición socioeconómica de los desocu-

Trabajo Decente

pados revela que del 100% de los mismos más del 60% son pobres o indigentes. Ambas visiones permiten constatar la fuerte asociación existente entre la desocupación y la pobreza y/o desigualdad.

CUADRO 19:						
Condición de actividad por categoría socioeconómica						
Octubre 2002						
Personas		Ocupadas	Desocup.	Inactivas	Total	Tasa de desocup.
Pobres e Indigentes	%fila	26,8%	12,0%	61%	100%	31,0%
	%col	34,6%	62,1%	51,1%	46,2%	
Vulnerables	%fila	38,6%	11,0%	50%	100%	22,2%
	%col	21,9%	24,9%	18,4%	20,2%	
No pobres	%fila	46,3%	3,5%	50%	100%	7,0%
	%col	43,6%	13,0%	30,5%	33,6%	
Total	%fila	35,7%	9,0%	55%	100%	17,9%
	%col	100%	100%	100%	100%	
					489.000	

Fuente: Elaboración propia en base a datos EPH

Por otro lado, la EPH de octubre 2002, muestra que pese a existir una leve mejoría en la distribución del ingreso con relación al año anterior (ver capítulo 7) las desigualdades existentes dan cabida al crecimiento registrado en los niveles de pobreza en el aglomerado. El promedio del total de ingresos en los hogares pobres es de un poco más de \$400, mientras que en aquellos que no lo son el promedio alcanza a los \$1.200. Esta desigualdad es aun mas apreciable, si añadimos la visión de la distribución de los ingresos totales generados en el aglomerado. Mientras a los hogares pobres/indigentes (38% ver cuadro 17) le corresponde el 16,9% de los mismos, los hogares no pobres (39% ver cuadro 17) reciben el 65,6% del ingreso total. (cuadro 20)

Trabajo Decente

Otra forma de apreciar estas diferencias, se ve reflejada en el cuadro 21, donde como puede observarse si se consideran solamente los ingresos provenientes del mercado laboral, existen las mismas brechas en los promedios de ingresos y en la distribución de los mismos.

Cuadro 20: Ingresos totales según tipo de hogar (oct-02)			
Hogar	Media	Mediana	% sobre Ingreso Total
Indigente	\$ 171,14	\$ 150,00	3,8%
Pobre	\$ 413,84	\$ 400,00	13,1%
Vulnerable	\$ 531,96	\$ 500,00	17,5%
No pobre	\$ 1.157,93	\$ 1.000,00	65,6%

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Cuadro 21: Ingresos laborales según tipo de hogar (oct-02)			
Hogar	Media	Mediana	% sobre Ingreso Total
Indigente	\$ 180,19	\$ 150	3,45
Pobre	\$ 432,28	\$ 400	12,6%
Vulnerable	\$ 576,72	\$ 570	16,6%
No pobre	\$ 1.190,69	\$ 1.000	67,5%

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Tal como puede observarse en los cuadros 22 y 23, para el año 2002 aún se mantienen los altísimos niveles de desigualdad, mientras el 20% de los hogares más pobres reciben apenas el

Trabajo Decente

6% y el 4% de los ingresos generados, según se consideren ingresos per capita familiar o ingresos totales, el 20% de los hogares más ricos reciben el 42% y el 49% de los mismos.

Cuadro 22: HOGARES según escala de ingreso per capita familiar (oct-02)		
Quintil	Ingreso promedio mensual (en \$)	% Ingreso total
Mas pobre	\$ 61,03	6,7%
Más rico	\$ 644,57	41,6%

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Cuadro 23: HOGARES según escala de ingreso total familiar (oct-02)			
Quintil	ITF promedio (en \$)		% ITF sobre ingreso total
	Mensual	Diario	
Mas pobre	\$ 157,93	\$ 5,26	4,4%
Más rico	\$ 1.692,77	\$ 56,43	48,7%

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Finalmente, se realiza un análisis de la distribución del ingreso, por medio de los totales de ingresos monetarios declarados, considerando tanto los totales familiares como los ingresos per capita. Es así como se observa en el cuadro siguiente, la heterogénea distribución de los mismos.

**Cuadro 24:
Ingresos totales familiares, per capita y Distribución de Ingresos
entre la población pobre según deciles de población (oct-02)**

Decil de población	Ingreso total familiar		Ingreso per capita familiar	
	Promedio	Distribución	Promedio	Distribución
1	\$ 115,79	1.6%	\$ 37,85	2,3%
2	\$ 200,71	2.8%	\$ 84,14	4,4%
3	\$ 272,78	3.8%	\$ 125,62	5,9%
4	\$ 378,65	5.4%	\$ 161,74	7,0%
5	\$ 481,78	6.7%	\$ 199,21	5,9%
6	\$ 601,03	8.4%	\$ 222,84	8,2%
7	\$ 722,26	10.3%	\$ 279,84	10,8%
8	\$ 910,63	12.4%	\$ 361,16	14,0%
9	\$ 1.156,92	16.9%	\$ 474,81	16,8%
10	\$ 2.245,62	31.8%	\$ 813,32	24,8%

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

La participación de los ingresos del 10% de los hogares más pobres es del 1,6%. En el mismo período, la participación del séptimo decil (sectores medios) alcanza al 10,3%. El decil de mayores ingresos obtiene el 31,8% del total de ingresos generados en el aglomerado.

El aumento de la desigualdad social, especialmente en perjuicio de los hogares de los grupos sociales más vulnerables (40% de los hogares más pobres) resulta así un hecho.

A Modo de Síntesis

El análisis realizado en esta sección ilustra de manera elocuente cómo durante los años noventa se consolidó en el país y en nuestra ciudad un marcado deterioro social y laboral, reflejado en niveles elevados y crecientes de pobreza e indigencia, y tasas persistentemente altas de subocupación y desempleo, junto con una expansión de los puestos de trabajo precarios e inestables. En suma, estas tendencias implican un retroceso en las distintas dimensiones vinculadas al Trabajo Decente.

La información expuesta en este apartado pretende brindar una panorámica general de la evolución de las principales variables sociales y laborales, para luego abordar así el análisis exhaustivo que más adelante se efectúa en cada uno de los títulos de esta publicación.

Las distintas cuestiones sobre las que se discurre a continuación constituyen pasos previos conducentes a observar desde distintas perspectivas la situación de hombres y mujeres, tal como son abordadas desde las dimensiones clásicas del análisis laboral.

Estos pasos previos son necesarios cuando se intenta estudiar las problemáticas laborales a partir de la categoría de análisis propuesta. En esa dirección se abordarán temas como condiciones críticas de empleo, vulnerabilidad, pobreza, distribución de ingresos, brecha de género y protección social, dimensiones todas, como ya hemos señalado, del Trabajo Decente.

Bibliografía

- AZPIAZU, D. y NOCHTEFF, H. (1994) El Desarrollo Ausente. Restricciones al Desarrollo. Neoconservadorismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de Política Económica. Ed. Tesis-Norma. Buenos Aires.
- BARBEITO, A. (1995). Baja inflación, reactivación y mayor desempleo. En: Pablo Bustos compilador, Más allá de la estabilidad. Argentina en la época de la globalización y la regionalización. Fundación Friedrich Ebert. Buenos Aires.
- BECCARIA, L. y LÓPEZ, A. (1995) Reconversión productiva y empleo en Argentina. En: Pablo Bustos compilador, Más allá de la estabilidad. Argentina en la época de la globalización y la regionalización. Fundación Friedrich Ebert. Buenos Aires
- BECCARIA, L.; ALTIMIR, O. y GONZÁLEZ ROSADA, M. (2003). Estudios sobre empleo. Componente A: economía laboral y políticas de empleo. CEPAL. Buenos Aires.
- CORTÉS, R. y MARSHALL, A. (1993). Política social y regulación de la fuerza de trabajo. En: Cuadernos médico sociales N°65-66. Buenos Aires.
- LANARI, M. E. (2000) Educación y competencias laborales en un mercado de trabajo local: políticas de reclutamiento y saberes demandados en firmas productoras de bienes y servicios. FLACSO/UNMdP.
- LANARI, M. E. (2003) Educación y mercado de trabajo en el contexto de la reestructuración de los noventa. En: Delgado de Smith y Richter coordinadoras: El trabajo desde diversas miradas. UCV/UC. Venezuela.
- MONZA, A. (1995) Situación actual y perspectivas en el mercado de trabajo en la Argentina. En: Canitrot, A. (1995) Libro Blanco sobre el Empleo en la Argentina. Ed. MTSS- Buenos Aires
- NOCHTEFF, H. (1998) Editor: La economía argentina a fin de siglo: fragmentación presente y desarrollo ausente. Ed. EUDEBA/FLACSO. Buenos Aires.
- Panorama Laboral (2001, 2002),
www.mecon.gov.ar
www.indec.mecon.gov.ar
www.observatorio.nei